

JUAN COLLANTES DE TERAN, EN EL PRIMER ENCUENTRO*

POR JUAN DE DIOS RUIZ COPETE

Es curioso cómo al pretender una semblanza de J. C. de T. en su faceta de escritor y crítico literario, que era la encomendada para este acto académico, se nos fue imponiendo imperceptiblemente, sin ninguna consciente disposición por nuestra parte, otro perfil bastante más emocional: el J. C. de T. de nuestro primer encuentro.

Y digo que es curioso porque teniendo más cercano el J. C. de T. de ahora, de sólo hace unos meses, por mucho más tratado, por mucho más afín, no sólo en las afinidades literarias, sino también en otro tipo de comportamientos y actitudes vitales; también por los contactos académicos —teníamos la costumbre de retornar de las sesiones académicas hacia nuestros respectivos domicilios, comentando las incidencias de las mismas—; por vecindad —su casa tan sólo dista de la mía doscientos metros más o menos, y rara era la tarde en que no coincidíamos y platicábamos sobre temas literarios de nuestra común curiosidad.

Es curioso —repito— que teniendo tan próxima su figura de hombre, de profesor, de crítico, de amigo, el subconsciente indeclinable nos arrastrara hacia un C. de T. bastante más lejano. Algo hay en nuestra sensibilidad —no es la primera vez que nos sucede— que nos induce a ver, por decirlo con un afortunado título de L. Jiménez Martos, «con los ojos distantes».

Es decir, que pese a tener a tiro de semblanza el J. C. T. de ahora mismo, de apenas cuatro días antes de su muerte, en cuya ocasión, consciente él de la gravedad de su dolencia y del riesgo quirúrgico al que se sometía, trataba de imprimir tranquilidad al trance, más que por sí mismo, estoy seguro, por su mujer, con él presente, acompañándole como todas las tardes. Pese a la nitidez que da,

* Leído en la Sesión necrológica celebrada el 23-X-1987.

que hubiera dado a nuestro intento esta indudable cercanía, nuestra obsesiva inclinación a troquelar en la memoria la impresión primera de las cosas, y de las gentes sobre todo, eso que Rafael Alberti llamó en un libro «imagen primera de...» nos ha llevado al J. C. de T. de nuestro primer encuentro.

Este primer encuentro tendría lugar en el 51 y en lugar que entonces era para Sevilla como la convergencia cultural de su élite, de la universidad sobre todo. Se trata, como es fácil de adivinar, del Club La Rábida.

Para dar fe del clima de este encuentro hay que decir qué era el Club La Rábida y qué representaba. El Club La Rábida constituía el centro más intelectual y snob de la ciudad. En el sótano de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, bajo su fachada de seudopartenón y escalinata gris, un saloncito de actos, comfortable, para las conferencias, para los recitales y para las audiciones de jazz americano —las trompetas de L. Amstron y Duke Ellington, en los primeros microsuros que llegaban a España, ponían su armónica estridencia en los azahares de Sevilla—; un saloncito de tertulias: suelo encerado, zócalo de madera, divanes confortables y en las paredes óleos de la nueva vanguardia sevillana: Mauri, Burguillos, Carmen Laffón y Pepi Sánchez entre algún Bacarissas.

En este Club —cuándo se hará su historia emocionada, que supondría, sin duda, como la recuperación de parte de Sevilla, de una de las más distinguidas de su inmaterial patrimonio—; en este Club —por cierto, nada más distante de lo que hoy se entiende con este encanallado sustantivo—; en este Club de tarde para las castidades pubescentes de la Sevilla universitaria de la época; aula cordial para la poesía nueva —allí A. Duque, B. V. Carande, Antonio Gala— vivaqueante entonces esta poesía entre la admiración del 27 y el repudio primero hacia los modos encorsetados, imperialistas, excesivamente formales de los poetas del grupo Garcilaso; a este Club de tarde *acudía* J. C. con la puntualidad del liberado de una larga jornada de estudios, con la medida urgencia del que cumplió su cuota de asistencia a las clases en la Universidad, unas clases en el traspatio del viejo edificio de la calle Laraña, a la sombra bronceada de Maese Rodrigo, en donde por entonces él daba culminación a su licenciatura en Letras.

Allí *acudía* él, como *acudíamos* los demás, atraído por el ambiente cultural que allí se congregaba y en el que él tanto participaba.

Allí se fundó una revista literaria —de nombre *Aljibe*— de la mejor hechura, de los mejores contenidos, que él comandó con A. Duque.

Allí se empezaba a fraguar lo que después, unos años después, serían los «taifatos» del cincuenta y tantos, unos grupos de los que salieron los poetas de Sevilla que aún mantienen hoy la calidad de su vigencia.

Por aquella tribuna pasarían —C. de T., un decidido colaborador— los grandes del momento, sobre todo Laffón y Romero Murube, y algunos de los monstruos de la generación del 27 —G. Diego y V. Aleixandre, la asistencia de los cuales seguramente fue posible por los malabarismos económicos y el compromiso de Rodríguez Casado y de Sánchez Pedrote, ambos, a la sazón, espíritu bicéfalo del Centro.

En este clima de animadas tertulias vespertinas, en el confort de sus divanes —un café y un croissant, sentados (otro de sus grandes atractivos), costaba una cincuenta— en este clima es donde se ejercía la única posible heterodoxia contra el Régimen, claro está que en susurro y clandestinamente, porque se estaba haciendo demasiado largo y sobre todo porque había permitido en nuestro suelo bases americanas; en donde se discutía sobre Gibraltar; mejor dicho, donde se coincidía, porque éste era uno de los pocos asuntos en donde recaía la contundencia de la unanimidad más patriótica y al mismo tiempo más anglófoba...

En este clima conocí a J. C.

Y era de ver cómo en las discusiones sobre Unamuno y sobre Ortega —no hará falta decir que estábamos en el sarampión de todas las dialécticas—, del existencialismo de Kierkegaard, de Heidegger, la participación de J. C. —siempre tranquila, siempre sosegada— obedecía al escolástico principio del tomismo más clásico, de la teología más ortodoxa.

Ya él fundamentaba su pensamiento y su conducta en el seguro albur del providencialismo más total.

Enjuto, espigado, con el pelo sucinto, sintomático ya de una calvicie que no tardaría en hacerse ignaciana y solemne, de verbo estricto y no tanto campanudo, encubriendo siempre la gravedad de sus juicios bajo una leve capa de sutil ironía, ante este joven, maduro desde entonces, deduciría yo y naturalmente que no por efecto de mi perspicacia, sino por su evidencia, los rasgos de su carácter, el suyo, que habrían de ser definitorios de su personalidad, deter-

minantes de los posteriores ciclos de su vida; estos rasgos serían:

Su firme convicción de hombre de fe.

Su vocación por la literatura tanto la de la propia creación como la creación ajena, y su condición de sevillano. Es decir, la fe, la literatura y Sevilla como la triple coordenada de su inmutable identidad.

Así, frente a los que ejercían la heterodoxia doctrinal y se sentían cercanos a Jean Paul Sartre y su existencialismo, de Albert Camus y su angustia vital, C. de T. oponía la fuerza de un cristianismo trascendente.

Antes que Sartre le atraía Mañara; antes que el existencialismo le atraían los místicos.

Frente a los snobistas de la literatura que enarbolaban como un descubrimiento a John Dos Passos y la Escuela de Nueva York, él oponía el sencillo mundo elegíaco de J. R. Jiménez, su decidida admiración por la generación del 27.

Frente a los que veían en Sevilla sólo el motivo para la crueldad de sus críticas, C. de T. oponía la teoría estética de su luz: la luz violenta, clara y limpia de Sevilla, que da en este meridiano una distinta —pero exacta— medida de las cosas.

De Sevilla se sabía y se sentía, por natalicio y por estirpe, rendido tributario, claro que con una dosis de pudor e ironía como corresponde a lo que él era: un sevillano fino y frío.

Nada puede extrañarnos que estos tres rasgos se hicieran constantes de su vida y se manifestaran en su vinculación sincera a esa obra emérita y callada de la Hermandad de la Santa Caridad en su fervor por la liturgia solemne de Sevilla, de la del Corpus sobre todo, cuya experiencia él nos dejara escrita en una memorable evocación.

Nada pudo extrañarnos que aquella vocación primera por la literatura encontrara su culminación en una cátedra en el máximo centro docente de Sevilla, en su Universidad.

Y nada pudo extrañarnos, finalmente, que Sevilla estuviera siempre erigida en el norte indeclinable de su dedicación y de su pensamiento.

Por todo ello resultaba tremendamente lógico que cuando llegó la inexorable oportunidad de su ingreso en esta Casa, su discurso versara sobre «Mañara y la ascética sevillana del barroco».

Se cumplía así, como en una trilogía inconclusa de Sevilla, su convicción de hombre de fe, su profesión como estudioso de la Literatura y... su condición de sevillano.